

El eterno marido que no sabía amar: un parásito del deseo en la novelística de Dostoevski

Sección temática:

1. Antropología y teoría de la cultura

Datos de la autora:

Lorena Rivera León

Licenciada en Filosofía por la Universitat de València; D.E.A en Filosofía por la Universitat de València; actualmente estudiante de doctorado en Filosofía en la Universitat de València.

Centro de estudios:

Departamento de Filosofía (Universitat de València)
Avda. Blasco Ibáñez 30
46010, Valencia

Correo electrónico: lorena.rivera17@gmail.com

Resumen de la comunicación:

Anoche
en tu cama
éramos tres:
tú, yo, la luna.

Octavio Paz, “Maithuna” en
Hacia el comienzo

Señala Denis de Rougemont en su conocida obra *El amor y Occidente* que si alguien juzgara a los occidentales por su literatura, el adulterio parecería ser sin duda una de sus ocupaciones principales. Condenado por la religión y considerado casi siempre una infracción por la ley, el adulterio, real o imaginado, consumado o simplemente posible, está presente allá donde existe el matrimonio:

Malcasados, decepcionados, sublevados, exaltados o cínicos, infieles o engañados: de hecho o en sueños, en el remordimiento o en el temor, en el placer de la sublevación o en la ansiedad de la tentación, hay pocos hombres que no se reconozcan en al menos una de estas categorías. Renuncias, compromisos, rupturas, neurastenias, confusiones irritantes y mezquinas de sueños, de obligaciones, de complacencias secretas: la mitad de las desgracias humanas se resumen en la palabra adulterio.¹

A juzgar por el eco que las infidelidades de personajes públicos encuentran no sólo en la prensa rosa sino también en medios de comunicación serios (pensemos en el reciente caso del presidente de la República Francesa François Hollande o en el algo más lejano de Bill Clinton), la era del “amor líquido”² en la que vivimos no parece inmune a esta fiebre. Interesarse por este fenómeno parece pues una tarea apropiada para la filosofía del siglo XXI, más aún si tenemos en cuenta que la reflexión sobre el

¹ Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*, trad. de Antoni Vicens, Barcelona, Kairós, 2006, pp. 17-18.

² Cfr. Zygmunt Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, trad. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, Madrid, F.C.E., 2007.

adulterio no puede desligarse de la reflexión sobre el amor que ha sido materia esencial de la filosofía desde su fundación.

Denis de Rougemont parte de la constatación amarga de que lo que llamamos amor-pasión reviste en la gran mayoría de los casos la forma del adulterio y explora por tanto el gran mito europeo que existe sobre éste: el *Roman de Tristan et Iseut*. Si atendemos al comienzo del *Tristán* de Bédier (“Señores, ¿os gustaría oír un bello cuento de amor y de muerte?”) constatamos cómo Eros aparece desde la primera línea poseído por el espectro de Tánatos. A partir de ese principio, todo el relato es una sucesión de obstáculos que van alimentando la pasión de los amantes. Algunos de esos obstáculos son externos a la pareja, es decir, tropiezan con ellos y han de combatirlos. Otros, en cambio, se los inventan porque sin el combustible de la dificultad la llama de su amor se apagaría. He ahí la revelación fundamental y paradójica de la leyenda: toda pasión se alimenta de los obstáculos que se le oponen y se disuelve ante su ausencia. No hay obstáculo más insalvable que la muerte, la misma que catapultó a Tristán e Isolda a la eternidad del mito.

Sin obstáculo no hay deseo. He aquí la enseñanza del *Roman de Tristan et Iseut* que rescataremos para analizar *El eterno marido* de Dostoievski desde la perspectiva antropológica propugnada por René Girard con su teoría del triángulo del deseo mimético. Para Girard el deseo no lo es nunca directamente de un objeto, sino que pasa a través de un mediador de manera que el impulso hacia el objeto lo es siempre hacia ese mediador. Todo lo que procede del mediador es despreciado por sistema y a la vez paradójicamente deseado. Su prestigio, por otra parte, se comunica al objeto deseado y le confiere un valor ilusorio. El romanticismo, entre cuyos mitos fundacionales se contaría sin duda la leyenda de Tristán e Isolda, no es ajeno a este complejo movimiento transfigurador, pero defiende la mentira del deseo espontáneo y con ella la idea de autonomía, que es esencial para la constitución del sujeto moderno. En cambio, lo que el deseo triangular desvela es que los pares, en apariencia opuestos, del orgullo y la envidia, la autoafirmación del propio valor y el desprecio de sí, el deseo de ser otro y la mirada narcisista sobre uno mismo se combinan en un cóctel imposible que da como precipitado la humanidad misma.

El eterno marido de Dostoievski es, en cierto modo, como también el *Roman de Tristan et Iseut*, inevitablemente la historia de un adulterio, pues su protagonista, como el Anselmo de *El curioso impertinente* cervantino, parece incapaz de vivir su matrimonio sin la presencia de un tercero deseante. En cuanto a la leyenda celta, si Isolda no hubiera estado casada, o sea, si no hubiera habido obstáculo, no habría habido *roman* porque las historias de amor felices se agotan en sí mismas y carecen de interés novelesco. Puede que a eso apuntara Tolstói al iniciar *Anna Karénina* –esa cumbre sobre el tema del adulterio en la historia de la literatura universal– con la inquietante apreciación de que todas las familias dichosas se parecen, mientras que las infelices lo son cada una a su manera. Quizá convenga recordarlo la próxima vez que en un teatro, un cine o sentados en la butaca del salón ante un libro abierto nos dispongamos a vivir las desventuras y miserias de esos personajes de ficción que tanto se nos parecen.